

# Mostración de Dios por parte de las criaturas en *El acceso al ser* según el abandono del límite mental. Libre glosa al planteamiento de Leonardo Polo

*Showing God on the part of the creatures in the book  
El acceso al ser (The access to the being) according to the abandon  
of the mental limit. Free annotation to Leonardo Polo's exposition*

---

**JORGE MARIO POSADA**

Universidad de la Sabana  
Bogotá (Colombia)  
glosaslpolo@gmail.com

RECIBIDO: 10 DE OCTUBRE DE 2011  
ACEPTADO: 15 DE NOVIEMBRE DE 2011

**Resumen:** En este trabajo, tras realizar una somera revisión y explicación del acceso a Dios en el pensamiento de Polo, según la cuádruple dimensión del límite mental, señalando lo que se vislumbra en cada una de esas dimensiones, se glosa cómo puede accederse a la Intimidad divina y se explica que, sin que quepa acceder a ella, puede columbrarse que el Absoluto no puede ser solitario en intimidad y se desarrollan los motivos y las consecuencias de esa doctrina.

**Palabras clave:** Showing God, Mental Limit.

**Abstract:** In this paper, after briefly reviewing and explaining the access to God in Polo's philosophy, according to the four ways of the "abandonment of mental limit" method, and showing what can be gained from each of them, I gloss the way of a possible access can be gained into the Intimacy of the divine as Origin. I hold that, while we cannot acquire an ultimate access to it, we can conclude at least that it is impossible for this Intimacy to be intrinsically solitary. The consequences of this doctrine are then ex-pounded.

**Keywords:** Mostración de Dios, límite mental.

## I

Acceder el hombre de alguna manera al Ser divino, entendiéndolo, le resulta asequible también de acuerdo con el método filosófico de *abandono del límite mental* según sus distintas “direcciones” o *dimensiones*, que, en esa medida, pueden llamarse vías, mas para en alguna medida mostrar a Dios antes que demostrarlo<sup>1</sup>.

El límite mental que en filosofía cabe abandonar metódicamente, como siguiendo cuatro vías, es la índole *constante* y *misma* de cualquier objetivación (o “determinación”) intelectual *congruente* con el acto intelectual humano ínfimo, el operativo u objetivante, equivalente a la limitada o mínima *presencia mental*; a su vez, la presencia mental –puede sugerirse– es equiparable con la intencionalidad intelectual como *luz iluminante*.

A su vez, la noción de luz concerniente a la intelección equivale a activa o “actuosa” *transparencia* debida, por lo pronto, a la “intrínseca” *dualidad* del acto o “avance” primario que es el acto de ser personal humano de acuerdo con el *carácter de además*, y que, por así decir, “se acompaña” al avanzar o ser acto, con lo que superior al tan sólo principal, pues, si de esta manera cabe indicarlo, en siendo acto o avanzando, “se otorga” a su avanzar o actuosidad, según lo que es dualidad primaria “redoblante”.

De esa suerte denominar *además* a un acto de ser creado denota que es primariamente actioso “sobrepasando” la principiación primera creada, el acto de ser extramental, mas de modo que ha de sobrepasar, incluso, su sobrepasarlo. Y si el acto de ser principal avanza con carácter de mero *comienzo* o de “arranque”, aun cuando *sin cesar ni ser seguido*, según lo que estriba en *persistir*; el *además* como acto de ser, en su primaria dualidad intrínseca comporta lúcido avance en *intimidad*, superior, desde luego, a cualquier desarrollo natural según interioridad orgánica.

Por su parte, bajo la condición de luz la actividad intelectual es iluminante, o presencia mental, en la medida en que, *manifestándose* según claridad, *manifiesta* o esclarece lo inferior a ella, y, si restringida por el límite mental,

<sup>1</sup> A continuación se glosa el planteamiento filosófico de Leonardo Polo con libertad, es decir, con miras a que las nociones que propone de diversa manera permitan resaltar los temas con los que son *congruentes*. Por eso no sin más se sigue la formulación poliana de los asuntos. En esa medida tampoco se citan textos de este filósofo, aun si desde luego se procura no menoscabar la averiguación que él inicia; con todo, en cursiva se resaltan las nociones propias de Polo, mientras que en comillas las que pudieran servir a manera de glosa.

así que “objetual” u objetivada, es limitadamente iluminante, esto es, intencional justo en atención a “objetos” –objetivaciones–<sup>2</sup>.

En consecuencia, si la presencia mental humana como intencionalidad intelectual o iluminación es limitada tan sólo según objetivaciones, de tal límite carece el inteligir más alto, de entrada, el que es hábito, pero antes que como posibilidad respecto del objetual, en tanto que susceptible de irrestricto “enriquecimiento” intrínseco por *en descenso proceder* desde el acto intelectual primario en el hombre, convertible con él como acto de ser personal según el *además*, de modo que a manera de cierto hábito innato, pero bajo una condición superior a la de la luz iluminante o presencia mental, a saber, como luz o transparencia “solamente luciente” en la medida en que, sin “verterse” en iluminación, es *lucidez inagotable*, pues en su actuosidad como avance según el *además* se otorga a su avanzar o actuosidad.

\* \* \*

A la par, incluso perteneciendo a la filosofía, las dimensiones metódicas del abandono del límite mental se corresponden, también en el conocimiento humano ordinario o corriente, con los más altos hábitos intelectuales considerados en la tradición clásica: sabiduría, intelección de los primeros principios, *sindéresis* y ciencia, en cuanto que según ellos accede el hombre, respectivamente, al acto de ser personal humano y al acto de ser extramental, así como a la esencia potencial de uno y de otro.

Y si bien de entre esos hábitos el de sabiduría y el de intelecto son en cierta medida equiparables con hábitos innatos respecto del acto de ser personal, aún así, en vista de que el segundo desciende desde el primero, es “nativo”, a la par con el de *sindéresis*, que, asimismo en descenso, procede desde el de sabiduría a manera de *ápice* a partir del que *se suscita* y *es englobada* la plural y jerárquica presencia mental o iluminación de nivel esencial, limitada tan sólo en su *mínima* manifestación, a saber, según objetivaciones, y que en el ni-

---

<sup>2</sup> De donde, a su vez, cabe distinguir el objeto como limitada intencionalidad iluminante, o según presencia mental limitada, y el término de intencionalidad, que a veces se llama “cosa”, pero que, propiamente, es la dualidad de “aspecto objetivado” –o “algo”– y cosa, de modo que cabe atribuir ese objetivado aspecto a la cosa, equiparada con la “realidad” aludida o referida al objetivar, mas no enteramente objetivada (distinción asimilable a la de sentido y referente, desarrollada a partir de Frege, y aplicada no sólo al lenguaje sino, al pensamiento sin más, aunque tan sólo si objetivado).

vel incoativo, al “conjugarse” con el conocimiento sensible, lo *articula presencialmente*, y no sin más según el “ahora”.

No obstante, el método filosófico de abandono del límite mental exige *detectar* el límite mental *en condiciones tales que sea asequible abandonarlo*, y de acuerdo, señaladamente, con cierto orden, antes que temporal, de, al menos, claridad manifestativa (así que, a su vez, expositiva), pues, por lo pronto, en el tema de la primera y de la segunda dimensiones de ese metódico abandono, el límite de la presencia mental es excluido, así como, *a fortiori*, ésta, mientras que no en las otras dos.

De esa manera, según dicho abandono, en la primera dimensión se *advierte* el ser extramental, mientras que en la segunda se *explicita* la esencia correspondiente; en la tercera, según el abandono del límite mental sin excluirlo, pero *desaferrándose* de él, se *alcanza* el acto de ser personal humano, mientras en la cuarta, al abandonar el límite mental por quedarse *demorando* sobre él, se *encuentra* la esencia potencial de dicho acto de ser en la medida en que se suscita no sólo la presencia mental limitada, sino, más aún, el irrestricto enriquecimiento de ésta.

\* \* \*

Por su parte, “acceso” de la persona humana al ser indica cierto intelectivo “allegarse” a él en virtud de la condición luciente del ser personal; y, si, por lo pronto, al ser extramental, desde luego sin en él “entrar” actuando, así como sin asumir la condición actuosa extramental que, siendo meramente principal, *carece de “dentro”*, con lo que ambas alternativas conllevarían privarse de intelección.

De donde, más bien, en tanto que convertible con el acto de ser humano según el *además*, el inteligir personal accede al acto de ser extramental como “acompañándolo” o con él “acompasándose” mediante cierta *generosidad*, pues, sin omitir la vigilante actuosidad en la que estriba como acto de ser intelectivo o luz enteramente luciente, por *pura distinción*, o *alterándose*, se “adecúa” a ese avance primario o acto de ser advirtiéndolo como principio primero extramental, o carente de condición intrínsecamente dual, según el persistir o comienzo incesante e insecuto, y en la medida en que desde ese inteligir personal se desciende de acuerdo, por de alguna manera decirlo, con un *drástico* “omitir” cualquier tipo de presencia mental o iluminación, así que no apenas de la restringida según el límite mental; peculiar descenso del inteligir personal de tal modo equiparable con un cuasi-hábito (o mejor, al revés,

con cierto “desvalerse” respecto de *haber*), si no innato, nativo, el de los primeros principios<sup>3</sup>.

Mientras que acceder la intelección humana al ser espiritual, al menos al ser personal humano y, de entrada, al que cada quien es (aunque sin distinguirlo del que cualquier otro hombre sea<sup>4</sup>), estriba en alcanzar, siéndolo, su actuoso avanzar, justo porque, en alcanzándolo, se le otorga; con lo que el ser personal humano, de acuerdo con el carácter de *además*, es avance o acto, primario, mas según dualidad intrínseca, y redoblante, a través, por lo pronto, de dicha intelección, equivalente al que, como método intelectual, puede asimismo equipararse con cierto hábito, el de sabiduría, pero innato en cuanto que dual con el inteligir personal según “inescindible” *solidaridad* con él como tema; solidaria dualidad metódico-temática en la que estriba el *además*, pues la sabiduría es asimismo método respecto de los demás trascendentales personales que se convierten con el acto de ser humano.

\* \* \*

En tal medida, ya que el ser personal humano accede al ser que él es alcanzándolo de acuerdo con el carácter de *además*, primario como acto o avance, mas intrínsecamente dual (aun si no tan sólo según el inteligir o según el lucir); y en vista de que accede al ser extraintelectual advirtiéndolo por pura distinción, respecto de éste, de, al menos, la no sin más limitada iluminación o presencia mental, con lo que como avance carente, por lo pronto, de dualidad intrínseca, así que como principio persistencial en tanto que mero comienzo aun si incesante e insecuto, por eso, la persona humana accede, sobre todo, al ser en cuanto que avance o acto *carente de originaria identidad*, de donde en calidad de ser creado, es decir, como exclusiva *dependencia* respecto del *Origen idéntico* que es el Ser divino.

Luego el hombre entiende el ser de entrada como criatura de Dios y, más aún, a manera de don divino –el extramental como habitación de su cuerpo orgánico–, de donde sin más entiende el ser creado con carácter de cierta “mos-

<sup>3</sup> Polo denomina *haber* a la presencia mental limitada según la *obtención* inmediata de intelectuales objetivaciones o determinaciones, *introducida* de acuerdo con la *determinación directa* u objetivación inicial según la operación abstractiva, “conjugada” con el sentir, y que cabe *perseguir* jerárquicamente a través de sucesivas operaciones conectivas de objetivaciones precedentes, así que racionales o lógicas.

<sup>4</sup> Entender la persona humana en tanto que distinta de otras es asequible –se sugiere– tan sólo en la peculiar intelección que “va” en el amarla y, por completo, sólo en el Amar divino.

tración” del Creador, aunque sin, por eso –si de tal manera cabe indicarlo–, traspasar el umbral del “dentro” de Dios.

Por consiguiente, en la medida en que el acceso al Ser divino es viable según el método filosófico de abandono del límite mental, de acuerdo con la primera de las dimensiones de este método, en correspondencia con el *intellectus* como hábito de los primeros principios, se accede a Dios al advertir el ser extramental en cuanto que primer principio de “no contradicción”, real como persistir o comienzo que ni cesa ni es seguido, y que muestra a Dios a través de la *vigencia* suya con respecto a Él, del que con exclusividad depende, y que así es advertido como primer principio de Identidad de Acto de ser y Esencia, equivalente al Origen; *vigencia entre sí* de estos primeros principios equivalente, a su vez, al primer principio de causalidad trascendental.

Por su parte, según la tercera dimensión del abandono del límite mental, en correspondencia con el hábito de sabiduría, cuyo tema solidario es el ser personal humano en cuanto que acto primario, o de ser, de intrínseca dualidad redoblante según el carácter de *además*, se barrunta a Dios como Origen idéntico de condición personal, esto es, según Libertad íntima o Intimidad libre, intelectual a la par que amante, es decir, como Viviente que es Espíritu, del que con exclusividad depende, libre y filialmente, o como ser personal, así que pudiendo cada “quien” humano *buscar* “salir” al encuentro de Él.

Paralelamente, en la segunda dimensión del abandono del límite, que se corresponde con el hábito filosófico de ciencia, cuyo tema es la esencia potencial del acto de ser extramental, Dios es atisbado –cabe sugerir– como Fin extrínseco o trascendente que sobrepasa, como abarcándolo, cualquier orden físico que, según *análisis real* del persistir, pueda *ocurrir*; pues, por lo demás, nunca ningún “estatuto” del orden cósmico es definitivo<sup>5</sup>.

Por último, en atención a la cuarta dimensión de dicho abandono, correspondiente al hábito de *sindéresis* como ápice a partir del que desde el *además* se suscita el enriquecimiento irrestricto equivalente a la esencia potencial del acto de ser personal humano, Dios es avistado como plena Claridad y, al cabo –valga la sugerencia–, presencia mental plena, o –admítase incluso– como “conciencia absoluta” que, más aún que englobar, aclara, al como “traspasar”,

---

<sup>5</sup> La causa final es coprincipio con las otras que analizan realmente el acto de ser extramental, advertido como persistir, y en tanto que a éste compete que nada lo siga, de suerte que cualquier causa formal, o realmente analítica del persistir, viene dispuesta para indefectiblemente variar según su concausalidad con la eficiente, y según la de una y otra con la material.

si bien, a la par, trascendiéndola desde una Luz más íntima que la personal creada, cualquier riqueza de claridad espiritual.

Sin embargo, en virtud de ninguna de tales dimensiones metódicas del filosofar según el abandono del límite se accede, como pudiendo entrar en Ella, a la Intimidad del Acto de Ser que, en Identidad con su Esencia, es Dios. El acceso intelectual de la criatura espiritual a la Intimidad divina es viable sólo si a esa criatura Dios manifiesta o desvela su Intimidad.

En torno a dicha Intimidad divina es, a lo sumo, vislumbrable, según la primera dimensión del abandono del límite, que, como Identidad originaria Dios es Padre en tanto que Origen idéntico del que, de entrada, nada depende por necesidad, pues justo el persistir es creado bajo la condición de necesidad, aunque podría no existir: la necesidad existe sólo si es creada; mientras que, paralelamente, según la tercera, se columbra que, como Origen, no puede ser solitario en Intimidad, sin que por ello se acceda a Ésta.

## II

Ahora bien, para que la criatura personal, al menos la humana, pueda aceptar alguna Revelación de Dios acerca de la Intimidad personal que Él es, hace falta, sin que tampoco baste, que la persona creada se *oriente* de acuerdo con un libre *trocarse en búsqueda*, al cabo, de Dios, Quien es, sin medida, más alto que ella; busca que, con todo, surge tan sólo cuando la criatura personal, siendo libremente por Dios creada como ser libre y, en consecuencia, como *libertad nativa*, por así decir, “corroboración” ese libre ser en exclusiva dependendencia de la Libertad de Dios, mas asimismo según libertad, y *libertad de destinación*, de suerte que bajo una condición filial cifrada en la libre aceptación –mutua– de la dependendencia personal del hijo respecto del padre, que siendo Dios, al hijo da el ser en libertad, de modo que, hasta donde se halle a merced del hijo, o le competa *disponer*; se oriente buscando culminar en plenitud al ser por su Padre Dios “confirmado” en dicha filiación.

Con todo, el orientarse en búsqueda de la persona humana en modo alguno conlleva que ésta deba “salir” de la intimidad que con ella, y como trascendental de su ser, se convierte, por estribar la persona en *co-existir*; mas de manera “intrínseca” según el carácter de *además*, pues, al revés, ese orientarse equivale a la *apertura* no apenas *interior* de esa intimidad personal, sino, más aún, *hacia adentro*.

De ese modo, en vista de que, a la par, el carácter de *además* es equiparable con el *co-existir*, pero, antes que como *co-existencia-con* según los distintos ti-

*pos de ser-con* de la persona humana respecto de otros actos de ser creados, más bien, con el *co-ser* “intrínseco”, esto es, con la libre y primaria actuosidad dual que, bajo la condición de intimidad personal, a ese co-ser equivale, por eso, compete a dicho íntimo co-existir, en último término, co-existir-con Dios, aunque sólo si corrobora su libertad trascendental nativa abriendo la intimidad personal hacia adentro al orientarse en busca del Ser pleno.

Mas incluso si tal orientación en búsqueda es exigida, sin que baste, para aceptar la Revelación de Dios, de ninguna manera es ni necesaria ni impuesta, sino, precisamente, libre, pues comporta corroborar la condición nativa de la libertad que, estribando en la primaria actuosidad dual del *además*, se convierte con el acto de ser personal humano como primer trascendental suyo; y con mayor motivo puesto que, sin salir de la intimidad equivalente al intrínseco co-existir, el indicado buscar ha de ser según libertad “conducido” a través de los otros trascendentales personales, el inteligir y el amar, a los que la libertad nativa se *comunica*, *continuándose* en ellos como libertad de destinación, para, por así decir, “ahondar” en la intimidad personal a la busca tanto de la Plenitud de Ser que Dios es, cuanto, en Ella, de la plenitud del ser humano.

No obstante, el Misterio de la Intimidad de Dios según la Santísima Trinidad de Personas divinas también en absoluto excede el trocarse el ser personal humano en libre e íntima búsqueda y a través del inteligir y del amar de nivel trascendental.

\* \* \*

Sea como fuere, la orientación hacia Dios de la persona humana de acuerdo con los trascendentales que como acto de ser le competen, al trocarse éstos en búsqueda de un tema que los supera, corre por cuenta no sin más del hábito de sabiduría en cuanto que según el carácter de *además* es el método congruente –desde luego intelectual, pero, más aún, “método de ser”– por el que, como tema, esos trascendentales personales son alcanzados, pues en ellos exige, todavía, un –valga así llamarlo– “conato” de “auto-trascendencia” en la medida en que dicho método, la sabiduría, se les otorga, y de suerte que, asimismo según el carácter de *además*, son tema que, a su vez, “se torna en método” para ese tema ulterior que, por eso, libremente cabe buscar.

Luego por más que dicho orientarse en búsqueda sea asequible para el hábito de sabiduría, aunque no sin más como método que como tema alcanza los trascendentales personales, sino en cuanto que éstos son tornados en método al



ella otorgárseles, no obstante, si faltara la inescindible solidaridad de ese innato hábito sapiencial con los trascendentales del ser personal de acuerdo con el carácter de *además*, sería inviable el buscar en el que ellos pueden trocarse.

Porque justo en calidad de *además* como método es la sabiduría inescindiblemente solidaria con los trascendentales del ser personal humano, equivalentes al *además* como tema, también con el inteligir y el amar, de modo que, sin “salir” de la intimidad personal, comporta que se les comunique la libertad nativa, que, al continuarse en ellos como libertad de destinación, los torna en método según el que pueden orientarse en búsqueda con respecto al tema supremo.

Y ya que la sabiduría es “método de ser la persona humana” en tanto que equivale al alcanzamiento, según el *además*, de los trascendentales, a los que, en alcanzándolos, se otorga, en esa medida precisamente le concierne tanto el destinarse en libertad cuanto asimismo el trocarse en búsqueda que compete no sólo al inteligir sino también al amar, por el que, de acuerdo con la condición donal de éste, espera el hombre que Dios acepte el don que ella “instaure” según el dar<sup>6</sup>, mientras, paralelamente, dicho trueque comporta la búsqueda de *réplica* cabe la intimidad personal<sup>7</sup>.

Al cabo, tornado en método, el *además* temático puede trocarse en búsqueda de réplica en intimidad a través del inteligir y del amar, puesto que en estos trascendentales personales, comunicándoseles, se continúa la libertad trascendental, y sin “extravasar” la intimidad, pues, más bien, de ese modo la abre hacia adentro.

\* \* \*

Mas dicho “adentrarse” de la persona humana, según el carácter de *además*, en la hondura de su intimidad personal resulta viable puesto que la libertad creada, en cuanto que tema alcanzado por el método que se le otorga, o según el

<sup>6</sup> De acuerdo con la condición donal que le es propia, si no es reducido sin más a un acto voluntario, amar equivale tanto a dar cuanto a aceptar, y en tal medida comporta un don.

Mas la persona creada no logra instaurar un don en el nivel del acto de ser personal, pues por depender exclusivamente de Dios, en ese nivel le compete, antes que donarse como acto de ser personal, aceptarse, y, por lo pronto, con respecto a Él, a Quien, de entrada, puede, a su vez, dar o, inicialmente, ofrecer, su enriquecimiento esencial, que es elevado a don cuando Dios lo acepta.

<sup>7</sup> Por eso, si el ser personal no puede ser en soledad, sin embargo, la persona humana no encuentra réplica en el seno de su intimidad, de donde tampoco se entiende plenamente, ni entiende con plenitud a otras personas creadas, por lo pronto, humanas, de suerte que, al corroborar su condición filial, y aceptar su ser como un don divino, se trueca en búsqueda, sobre todo, de un Ser personal que en modo alguno carezca de Réplica en plenitud.

hábito de sabiduría inescindiblemente solidario con el carácter de *además* como tema, incluso tornándose como tema en método, por de suyo ser método tan sólo para más libertad, en lugar de tornarse en método para un tema distinto de ella, se *ratifica* como libertad en tanto que método: método de ser, según el *además*, exclusivamente para más ser ese método, de donde *método puro*; con lo que a ella, con propiedad, compete el carácter de *además* según que redobra en su primaria dualidad o como *además* de *además*. Y en tal medida, al cabo, es libertad la actuosa condición del ser personal.

En consecuencia, la libertad trascendental según la que el hombre es acto de ser personal creado, y que, de esa suerte, como método es libertad nativa, dual con la libertad de destinación como tema equivalente, por lo pronto, a ratificarse como libertad en tanto que método, afronta una ineludible alternativa, que, no obstante, es inasimilable a una opción racional práctica, pues equivale justo a que, por ratificarse como método puro, y bajo esa condición ser libertad destinal, puede, por un lado, destinarse de manera que el *además* se trueque en búsqueda al continuarse esa libertad a través del inteligir y del amar, y abriendo la intimidad personal hacia dentro; o bien puede, por otro lado, *pretender identidad*, intentándola mediante el dinamismo o potencialidad de la esencia, de donde siendo desde luego persona, mas rehusando a la dependencia de tal actuosidad, la libertad, respecto del Origen que lo es en Íntima Identidad, así que renunciando a la condición nativa del valor metódico que a esa libertad trascendental compete y, en tal medida, a la filiación respecto de Dios como Padre.

Comoquiera que sea, tanto la indicada dualidad, inescindiblemente solidaria, del hábito de sabiduría con el inteligir y con el amar como trascendentales de la persona según la apertura interior de la intimidad en virtud de la libertad nativa, cuanto la dualidad con su tema de estos trascendentales personales tornados, a su vez, en método, y, en virtud de la libertad de destinación, según la apertura hacia adentro de la intimidad, trocados en búsqueda de un tema supremo que, al cabo, es Dios, esas dos dualidades, son, por cierto, los más altos asuntos asequibles según el método filosófico de abandono del límite mental, y desde los que, en cierta medida, cabe vislumbrar la ulterior dualidad de dicho buscar con el don divino de la luz de la fe, por el que puede el hombre aceptar la divina Revelación<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Polo ha tratado sobre la dualidad del aceptar la Revelación según la gracia de la fe y el trocarse en búsqueda, intelectual y amorosa, del más alto tema, y búsqueda que, en glosa a la Encíclica

### III

Así pues, en la medida en que el inteligir personal es un trascendental del ser personal humano, que es acto de ser de acuerdo con el carácter de *además*, el hábito de sabiduría es el valor metódico equivalente a alcanzar el inteligir personal como valor temático; pero es método inescindiblemente solidario con el tema, de manera que, por equipararse con el alcanzamiento de ese tema, es del nivel del inteligir personal, en modo alguno inferior, ni tampoco a él adyacente.

A su vez, trocarse en búsqueda el inteligir personal es posible en cuanto que éste se torna en método para un tema de mayor “altura” que él, y, al cabo, de máxima, así que, con propiedad, respecto de la *Máxima amplitud*, en la medida en que, según el carácter de *además*, es “en siendo alcanzado” por el hábito de sabiduría como método que, “en alcanzándolo” como tema, se le otorga, de modo que, a su vez, se le comunica la libertad trascendental como método puro, mientras en él se continúa.

Luego la sabiduría metodiza el tema con ella congruente, el inteligir personal, respecto de un tema superior que, con todo, en lo concerniente al encuentro, es *inalcanzable* según el carácter de *además*, incluso mediante tal metodizado tema, que, aún así, es lo más alto en la criatura, a saber, *ampliación* de la “amplitud trascendental” creada, mas, desde luego –valga la expresión– “abarcada” por la Máxima amplitud<sup>9</sup>.

De manera que sin el hábito de sabiduría ser inferior al inteligir personal, pues en alcanzándolo según inescindible solidaridad, se le otorga, resulta, por eso, imprescindible para que dicha solidaria dualidad se trueque en búsqueda de la Plenitud temática, con lo que, a su vez, tal solidaridad es “asegurada”: el inteligir personal se trueca en búsqueda sólo en tanto que la sabiduría es con él solidaria, o “en siendo alcanzado” por ella; mientras, a la par, el

---

*Fides et ratio* de Juan Pablo II, puede asimilarse a la llamada “fe racional” –por algunos filósofos modernos, entre otros, Kant y Schelling–, en una conferencia dictada en la U. de Piura, en 1999, titulada *Itinerario de la razón hacia la fe*, aun inédita. En el apartado que sigue en parte se glosa dicho texto.

<sup>9</sup> En esa medida, incluso el persistir, como ser extramental, al no “exceder” la Máxima amplitud, sin por cierto ser Dios, no es “fuera” de Ella; a su vez, más aún, la libertad trascendental creada, sin tampoco ser divina, se *incluye*, si bien *atópicamente*, en la Máxima amplitud. Dicha inclusión es atópica por no “ocupar lugar” en el Ser divino, por nada “añadirle”, al en exclusiva depender de Él.

A la par –cabe sugerir–, la inclusión atópica, según libertad, del ser personal creado, en la Máxima amplitud es rehusada según la pretensión de identidad, mientras que corroborada libremente por la persona creada con el trocarse en búsqueda del tema, al cabo divino.

hábito de sabiduría sólo “en alcanzando” el inteligir personal y otorgándosele de manera que se le comunique la libertad trascendental ratificada como método puro, puede, en él, así como en el amar donal, y continuada en ellos como libertad metódica pura, trocarse en búsqueda del tema superior, esto es, volverse sabiduría en busca de Dios<sup>10</sup>.

De esa suerte, aun si la sabiduría se equipara con un hábito del inteligir personal humano, de ninguna manera le es “adjetiva” como un apósito suyo o, menos, ajena al elevarse de él en búsqueda de lo más alto, sino que, por serle inescindiblemente solidaria de acuerdo con la intrínseca dualidad del carácter de *además*, es el método, por así decir, “inherente” a ese inteligir como tema, y tema convertible, como uno de sus trascendentales, con el acto de ser personal, con el que, a su vez, se convierten los demás, la libertad, la intimidad y el amar, asimismo alcanzados según el hábito sapiencial; de donde, consecuentemente, la sabiduría también es solidaria, siéndole inherente, con el inteligir personal trocado en búsqueda, pues éste puede buscar tan sólo si el método según el que es en siendo alcanzado, justo dicho hábito, intrínsecamente se le otorga al alcanzarlo como tema, y asimismo lo torna en método para un tema ulterior.

Así que, más ampliamente, el hábito de sabiduría es no apenas el valor metódico congruente desde luego con el inteligir como transparencia pura, o luz, antes que iluminante, sólo luciente, aunque no menos con los otros trascendentales personales, sino que es, incluso, intrínseco al plural tema trascendental trocado en búsqueda y, en cierta medida, auto-trascendente en virtud del continuarse de la libertad en el inteligir y en el amar, que al comunicárseles, los adentra en intimidad.

De donde el inteligir y el amar, como temas trascendentales personales, se tornan en método, y pueden trocarse en búsqueda, al comunicárseles la libertad trascendental bajo la condición de método puro que, por carecer de tema de ella distinto en cuanto que método, a la par con ratificarse como método, y para no sin más carecer de tema, se ha de continuar, por cierto, libremente, a través de dichos inteligir y amar, ya que es inadmisibile un método carente sin más de tema.

---

<sup>10</sup> Por eso, según se resalta en la tradición clásica, el tema correspondiente a la sabiduría como método intelectual (y, en último término, también del “anhelo” o “afán” inherente al amar), junto con el ser humano, es, con mayor motivo, Dios. Así, mediante la sabiduría se llega a inteligir en búsqueda; de donde cabe equipararla con la «ciencia buscada», pues según ella busca el hombre inteligirse buscando inteligir a Dios; de ahí que, en lo más alto, el hombre sea un *buscar que se busca*: busca buscándose y se busca buscando.

En último término, el inteligir y el amar como trascendentales personales que son tema del método de ser persona humana equivalente al hábito de sabiduría, en virtud de éste se tornan, a su vez, metódicos con respecto a un tema superior al de inmediato alcanzado según la sabiduría personal, es decir, superior a ellos; tema que, en definitiva, es Dios, Quien, aún así, es accesible tan sólo en la medida en que, pudiendo ser en libertad buscado, libremente lo es.

Con todo, el encuentro de ese supremo Tema resulta inalcanzable incluso para el inteligir y el amar como trascendentales de la persona humana trocados en búsqueda al tornarse en método de acuerdo con la sabiduría que, en alcanzándolos, se les otorga según el *además* y, a la par, mediante un libérrimo adentrarse la búsqueda en la *inagotable* hondura de la intimidad personal que es cada hombre, de modo insuperable si busca a Dios, al que, no obstante, por su propia cuenta no es capaz de alcanzar<sup>11</sup>.

\* \* \*

Ahora bien, a la vista de que el trocarse en búsqueda del inteligir y del amar personales es, con respecto a Dios, el más alto método asequible a la persona humana; y puesto que en alguna medida es método exigido, pero sin que baste, para que Dios conceda algún encuentro con su inalcanzable Condición originaria, por eso, dicho buscar es equiparable con cierta fe “natural”, es decir, con cierto fiarse de Dios el espíritu humano, incluso sin que todavía cuente con el nuevo don divino que es la fe según la gracia: un con-fiarse el hombre a un tema que, aun si le resulta inalcanzable, es vislumbrado o barruntado como de condición personal suprema, al cabo, divina, en el que cualquier búsqueda de réplica se ha de colmar con un pleno encuentro de las personas creadas cualesquiera en el Ser personal de Máxima amplitud íntima.

Mas, comoquiera que sea, al trocarse en búsqueda el ser personal humano entero adopta una peculiar “actitud” o “postura”, cierto “disponerse”, respecto de Dios, pues si con ese buscar se convierte, por lo pronto, la libertad trascendental temática, o de destinación, que, corroborando la libertad metódica, o libertad nativa, como método puro, sin salir de la intimidad, se comunica a los otros trascendentales personales, el inteligir y el amar, continuándose en ellos, asimismo la orientación según la que éstos de esa suerte son trocados en búsqueda de una réplica personal es, en último término, al Ser divino en

---

<sup>11</sup> Por consiguiente, ser *capax Dei* equivale a se capaz de buscar a Dios.

cuanto que se entiende que ha de ser persona, mas sin dar cabida a la soledad.

Con lo que, al cabo, el entender y el amar personales son tornados en un método cuyo tema es superior al del método que según el carácter de *además* les resulta solidario, el hábito de sabiduría, al que, en tal medida, de todas maneras, involucran; método en el que, sin salir de la intimidad, se truecan, y en el que, por así decir, la sabiduría personal humana busca “superarse” según el *además* como *además* de *además*; aunque método capaz tan sólo de búsqueda, con lo que en modo alguno de encuentro, pero sin que el mero buscar conlleve carencia de luz –ni del “candescer” la luz con el amor–, pues, apenas, insuficiencia de la luz personal creada o del lucir según la pura transparencia del *además* para por completo, y sola, esclarecerse, así como insuficiencia para acceder a una luz más alta que ella y, con mayor motivo, a la Luz suprema, según la que el carácter de *además* habría de en plenitud “clarecer”.

A su vez, en lo concerniente al amar, la búsqueda en la que el *además* temático puede trocarse se corresponde, por lo pronto, con el buscar aceptación para un don, que, no menos, es insuficiente, pues ha de ser instaurado a través del irrestrictamente ampliable enriquecimiento de nivel esencial ya que resulta inasequible para la persona creada en el nivel de su acto de ser, debido a que, siendo según el carácter de *además*, o intrínsecamente dual, incluso redoblando, es apenas dual como aceptar y dar, así que careciendo en su nivel de don.

\* \* \*

Mas aun de esa suerte, la intrínseca dualidad primaria que es el carácter de *además* equivale a la de hábito de sabiduría como método y trascendentales personales como tema; trascendentales cuyo convertirse con la criatura personal, sin ser idéntico, tampoco conlleva distinción real, sino que estriba –valga así indicarlo– en cierta mutua “transversión”, pues la libertad se “invierte” en intimidad, y se “provierte” a través del entender y del amar, de modo que cada uno de los trascendentales en los otros “revierte”.

De manera que la dualidad intrínseca del *además* se equipara con la congruencia metódico-temática, de inescindible o indisociable solidaridad, entre el hábito de sabiduría y los trascendentales personales, según la que el método de antemano alcanza como tema por cierto el entender personal, mas también la libertad, la intimidad y el amar, que, por eso, entre sí, mas ordenadamente, se convierten con el acto de ser personal, con lo que sin real distinción, pero sin simplicidad o identidad, pues desde la sabiduría y a partir de la *sindéresis*,

de acuerdo con esos distintos trascendentales el *además* se “vierte” en distinción real de nivel esencial, de donde dinámica, potencial, y de modo que, en descenso de nivel esencial, la conversión de los trascendentales personales, por así decir, se “dis-vierte”.

Mas puesto que el *además* como método, la sabiduría, en alcanzando el *además* como tema, los trascendentales personales, de antemano se le otorga, con lo que, a su vez, intrínsecamente amplía el carácter de *además*, que, así, como método, redobla en “ser alcanzar” que, a la par, otorgándose a su tema, redobla en “ser alcanzado”, por eso, la intrínseca dualidad primaria de esos trascendentales es equiparable con una *ampliación del ámbito trascendental* por la que el *además* equivale a serlo actuosamente, como “ademasear”, de acuerdo con el apuntado conato de auto-trascendencia, que no menos lo es del hábito sapiencial en tanto que inescindiblemente solidario con su tema<sup>12</sup>.

A su vez, en la medida en que al otorgarse como método al tema, éste se metodizado respecto de un tema ulterior, el *además* es *además* de *además*, mientras que el tema ulterior, al cabo, supremo, es la Máxima amplitud trascendental, Dios, así que inalcanzablemente trascendente, es decir, sin que sea viable alcanzarlo desde luego según el *además* como método, pero ni siquiera según el *además* como tema metodizado, de donde sin encontrar ese Tema, aunque a Él orientándose de acuerdo con un incolmable buscar.

\* \* \*

En suma, alcanzar de antemano los trascendentales personales como *además* temático equivale a *además* metodico, esto es, a sabiduría como cierto hábito solidario con el acto de ser: el *además* como método es alcanzar el *además* como tema, siendo ambos *además* justo según el alcanzar; “ser alcanzar” es el método, que es *además* puesto que alcanza el “en siendo alcanzado”, que es *además*

<sup>12</sup> En cuanto que la persona humana según el *además* metodizado es –valga la redundancia– metodizado *además*, el trocarse en búsqueda de ella (o, por el contrario, la pretensión de encontrarse en identidad) equivale a *además* que, por así decir, se “transvierte” en anhelo o afán inagotable –más bien que en amor como *éros*, o que en deseo como *órexis*–, de encontrar, desde luego, el pleno lucir, y esclarecedor, de la luz que ella es según el *además*, carente de identidad y, por eso, de plenitud; o también de encontrar el pleno aceptar ella el *además* que es, así como de que el don en el que su aceptar se vierte, al dar, sea aceptado; pero, asimismo, en anhelo o afán de unidad según Identidad, al igual que de verdad y de bien plenos, pues el ser personal –se sugiere– no carece de los trascendentales del ser metafísico, pues, al contrario, éstos serían inexistentes sin los del ser personal, que los “respaldan” en tanto que equivalen a su tematización: la verdad y el bien sólo caben como término del inteligir o sólo teórico o asimismo práctico.

como tema, y tema que es *además* porque es “en siendo alcanzado” por el método, que de esa manera se le otorga. Con lo que el *además* es *además* como “ser alcanzado” solidariamente con “ser alcanzando”, ni antes ni después, sin separación del “siendo alcanzar”, con respecto al “siendo alcanzado”, esto es, en inescindible solidaridad.

Y siendo dicha solidaridad inescindible, resulta, más aún, imprescindible para que el *además* temático, en virtud del valor metódico puro, por ratificado, de la libertad trascendental de destinación, pueda “alzar” en búsqueda de réplica, ensanchando hacia adentro la apertura interior de la intimidad personal al continuarse, comunicándoseles, al inteligir y al amar, a los que trueca en busca del tema superior, pues de tal modo, junto con que la libertad se ratifica como método, es corroborada como libertad nativa por aceptar el otorgarse según el que ésta la alcanza, es decir, su condición filial, y de acuerdo con la que la búsqueda es, en último término, de paterna corroboración.

De esa suerte, al trocarse en búsqueda el *además* temático, ni se disuelve la inescindible solidaridad con él del *además* metódico, ni deja el *además*, o “se olvida”, de ser *además*, sino que justamente se amplía al, por así decir, “extenderse” en busca del “más allá” del *además* incluso en tanto que *además* de *además*, o de lo más alto que él: “atiende” a esa altura sin omitir el ser *además* y, menos aún, por ser *además* de *además*; pero “desentendiéndose” de cualquier asomo de pretender la identidad que hubiera de encontrar mediante el “carácter de yo” a través del que el ser personal “se apropia” del descenso según el que en alguna medida no sin más busca, pues encuentra temas, y no sólo advirtiéndolo el ser extramental, sino, sobre todo, en cuanto que desde él procede o se “vierte”, distinguiéndose realmente, el suscitado enriquecimiento de nivel esencial, que entonces presume poder plenamente unificar.

Al cabo, buscar la persona humana a Dios de ninguna manera conlleva dejar u olvidarse ella de ser, ni tampoco de “esenciar” o *esencializar*, pues, más bien, en tal búsqueda involucra entero el acto de ser que según la inescindible solidaridad del *además* metódico y el *además* temático es; así como involucra, no menos entera, hasta donde le resulte viable, la esencia potencial o dinámica según el irrestrictamente ampliable enriquecimiento que en distinción real comporta.

Es más, incluso sin que la persona humana cuente con un método congruente para encontrar el tema buscado, en cuanto que es de acuerdo con tal inescindible solidaridad metódico-temática, y en la medida en que hasta su nivel eleva la esencia potencial, por así decir, “se dispone” a ser por Dios acep-



tada al buscarlo, esto es, admitida a encontrarlo, de donde, a la par, a ser por Él elevada a la Altura inalcanzable, inaccesible, del Vivir en Intimidad del Ser personal divino, conocida por el hombre tan sólo de acuerdo con la noticia revelada.

#### IV

Así pues, ser creado en calidad de acto primario, o de amplitud trascendental, equivale a avanzar, esto es, a ser actuoso, desde luego sin ser Dios, pero en virtud no más que del Ser divino, del que por entero depende, y con exclusividad, el ser creado<sup>13</sup>, tanto si estriba en comenzar avanzando o avanzar comenzando, es decir, como criatura extramental, cuanto si, como criatura humana personal, sin necesitar comienzo, al avanzar según la intrínseca dualidad primaria del carácter de *además*<sup>14</sup>.

De ese modo ser criatura equivale a ser acto primario o acto de ser sin ser el Acto de ser que Dios es, pero en exclusiva dependencia respecto de dicho Acto, que en el aristotelismo se entiende como Acto puro de Ser, y en la continuación tomista de aquél como Identidad de Esencia y Acto de ser, o Acto de ser cuya Esencia es también Acto puro, así que en modo alguno potencial como la del ser creado, en el que la esencia estriba en un distinguirse real de esa actuosidad primera o acto de ser, y según el que conlleva dinamismo o potencialidad seguido o acompañado por tiempo.

Ciertamente caben distintos modos de ser creado o de depender de Dios sin ser Dios; en filosofía, según el método de abandono del límite mental es viable dar cuenta de dos: comenzar sin cesar ni ser seguido, o persistir, el acto de ser extramental, y redoblar en dualidad primaria, el acto de ser según el *además*, la persona humana.

Pero aún así, compete ser primario, “primariedad”, o ser del “ámbito” trascendental, si bien a Dios máximamente, incluso a las distintas criaturas; y a éstas en cuanto no sólo a su acto de ser, sino asimismo a la distinción real que, como esencia del acto de ser, es dinámica o potencial.

<sup>13</sup> En esa línea sentencia Nicolás Gómez Dávila: «Depender de Dios es el ser del ser» (*Escolios a un texto implícito*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1977, p. 218).

<sup>14</sup> Con todo, la persona humana es creada por Dios como *novedad situada* en la historia en tanto que “asume”, es decir, *recibe* activamente al *añadírsele* en tanto que vida según el espíritu, un comienzo físico en desarrollo, situado, a su vez, en la diversidad temporal del universo, a saber, la vida de un individuo de una naturaleza orgánica cimera en la evolución cósmica, esto es, además de orgánica, sobradamente psíquica.

En consecuencia, ya que cualquier ser creado es, o existe, tan sólo según el depender de Dios, Éste es “absolutamente” primero según la condición de Origen, con lo que, por de algún modo decirlo, de más altura que cualquier “primaridad” creada, y, con mayor motivo, que el primer principio extramental.

Al cabo, la primariedad o trascendentalidad divina es de Máxima amplitud en tanto que originaria, inalcanzable e inabarcablemente trascendente<sup>15</sup>.

Por su parte, el ser creado como acto de ser extramental, el persistir, por ser comienzo incesante e insecuto, equivale al primer principio, “real” antes que lógico, de no contradicción, esto es, a la real “exclusión de la nada”. A su vez, la principiación extramental es primera porque, dependiendo entera y exclusivamente de Dios, es principal sin que Dios haya de principiarla. Y en cuanto que el ser extramental creado es primer principio, causa primaria o trascendental, su depender de Dios equivale al primer principio de causalidad trascendental: la condición creada del primer principio de no contradicción, o su condición de dependiente de Dios en cuanto que primer principio de Identidad, esto es, la vigencia entre sí de estos dos primeros principios, se corresponde, a manera de *ligamen*, con el primer principio de causalidad trascendental, que, por eso, sin ser otro acto de ser creado, es tan sólo “en” la criatura, de suerte que nada añade a Dios.

De ese modo el primer principio de causalidad es equiparable, en la criatura, con cierta “exigencia de dependencia trascendental trascendente”, esto es, en exclusiva respecto de Dios como Máxima amplitud; pero exigencia que, si por cierto en el persistir vige como causalidad trascendental, con mayor altura concierne al *además*, pues la dependencia de éste respecto de Dios es más que causalidad trascendental, a saber, donación, *donatio essendi*, según la expresión de santo Tomás de Aquino.

\* \* \*

Comoquiera que sea, puesto que el ser creado nada añade a Dios, que Él cree de ninguna manera conlleva una “acción” divina distinta del Ser que Él es;

---

<sup>15</sup> Depender de Dios sin ser Dios equivale sin más a distinguirse de Dios mas en virtud de Él; de ese modo, las expresiones, por lo demás metafóricas, ser “fuera” o “por aparte” de Dios carecen de justeza: ninguna criatura, se ha indicado, “excede” ni es ajena a la Máxima amplitud trascendental que es el Ser divino, y sin que esto sea óbice para la plena Trascendencia de Dios, que, a su vez, en lugar de separarlo de las criaturas, más bien comporta que, en cuanto al ser –y al poder– que comportan, ninguna es sin Dios, para Quien resultan transparentes, y caen bajo su completa disposición.

crear Dios se reduce a que la criatura sea, pues ella existe tan sólo por ser como exclusiva dependencia de Él, o sólo si creada.

Correlativamente, si la dependencia trascendental es tan sólo en la criatura, pues se corresponde con ella, la “independencia” trascendental ha de equipararse con el Origen en tanto que Máxima amplitud, que lo es, por lo pronto, al crear Éste un plural depender exclusivamente de Él, que son las criaturas, sin Él depender de ellas.

Con lo que en lo más primeramente actuoso de su ser, la criatura es nada más que dependencia de Dios, es decir, una primaria –o, valiéndose de una imagen, “radical”– relación, peculiar en cuanto que no mutua, pues Dios de ninguna manera depende de la criatura; y relación “primaria”, mejor que “subsistente”, para eludir la connotación subjetual del subsistir; de donde relación cuya realidad exclusiva es la criatura como acto de ser, sin *esse in*, ni *esse ad* intrínsecos; a lo sumo tan sólo como *esse ab*, pero de modo que la relación con el Ser desde el que es, es su ser, sin que ese Ser Dios sea –o, menos, tenga– relación con la criatura, mas admitiendo Él que de su Ser ella dependa, y que de esa suerte con exclusividad se le vincule.

Al cabo, sin ser la criatura sujeto, y sin ser en sujeto alguno, ni, menos aún, sujeto de ninguna otra criatura, es “puro” depender de Dios, por lo pronto, la extramental, sin que tal depender conlleve un provenir de ningún principio exterior ni interior, y sin también ir hacia un definitivo fin inherente o suyo, ya que ningún orden cósmico es último. Mientras estribando, a su vez, la criatura personal en depender de Dios según el carácter de *además*, sin tampoco provenir de principio alguno, puede destinarse en búsqueda de Dios<sup>16</sup>.

De esa manera el carácter de *además* es primero con mayor altura que como “causa primaria” o primer principio, a saber, según la intrínseca y redoblante dualidad de la primariedad o “primalidad”, que justo de dicho más alto modo equivale a depender de Dios, y hasta el punto de que Él, por así decir,

<sup>16</sup> Por consiguiente, la relación de la persona creada en el nivel del acto de ser es tan sólo con Dios, aunque esa relación puede ser rechazada por la criatura de acuerdo con la pretensión de “apropiarse” la identidad, según el carácter de yo.

Mientras que la relación de las personas creadas entre ellas no es del nivel del acto de ser sino tan sólo del de la esencia potencial o dinámicamente enriquecible de acuerdo con la manifestativa comunicación según la que se conduce la vida social.

De ahí que la cuestión de la llamada “intersubjetividad” o relacionalidad interpersonal, tomada como relación interhumana de yo y tú –menos si entendido éste como “otro yo”–, resulte insuficiente para entender el acto de ser personal creado.

espera la correspondencia de esa criatura que, como Él, comporta libre intimidad trocada en buscar.

Luego la dependencia respecto de Dios del ser creado personal es no de mera causalidad o principiación, ni siquiera si trascendental, sino equivalente, más bien, a una libre natividad o filialidad trascendental, que, con todo, la persona creada puede o bien “reconocer” corroborando su libertad nativa según el destinarse en búsqueda del Origen con respecto al que es filial depender, o bien rechazar pretendiendo identidad según el descendente proceder de nivel esencial.

Dicha búsqueda según la que se destina la persona humana se cifra en que ella se orienta a Dios a Él destinándose como fin último y único, mas sin que ningún medio sea idóneo para lograrlo, pues, para el hombre, Dios es un fin más alto que cualquier fin “práctico”, o deliberable, objeto de opción o decisión; es, al cabo, un fin inalcanzable desde luego para la razón práctica, pero, incluso, para la teórica<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> En rigor, cuando es teórica, la razón –que, por lo demás, de suyo es con propiedad humana pues conlleva cierta *prosecución*, aun si no temporal (al menos por no práctica)– carece de “intuición” según estricto *theorēin*, pues, de un lado, siendo su incoarse prerracional y, así, prelógico de acuerdo con el inteligir objetivante inicial que, como intuición intelectual epagógica, articula el sentir según presencia mental, por más que limitada; mientras, de otro lado, carece, como sola razón teórica, de culminación intuitiva, pues, al *manifestar* la última concausa, la final, ésta es inteligida como causa de que ningún orden formal sea culminar, sin que, por eso, sea reductible a ninguna de las *concausalidades explícitas*, de modo que la limitada presencia mental resulta sin más *insuficiente* para explicitar el tema de la operación racional última, a saber, lo primario en cuanto a la causalidad: la “razón” o “por qué” –el llamado “fundamento”– de la unidad coherente de la plural distinción real cósmica o universo físico, por lo que lo *guarda definitivamente implícito*; en su lugar es viable tan sólo una fundamentación objetivada según la noción de mudanza o *cambio de la base* en cuanto que los primeros principios “reales”, el de no contradicción y el de identidad, y vigentes entre sí de acuerdo con el de causalidad trascendental, y que son tema del hábito superracional que es el *intellectus*, pero que, no obstante, se objetivan como *axiomas lógicos*, aunque *maclándose* oscilantemente con el de identidad los otros dos.

En cambio, son axiomas metafísicos dichos primeros principios: el equivalente al persistir como no contradicción real –o no “contravención”–; el de causalidad trascendental como vigencia del persistir tan sólo dependiendo del primer principio de Identidad originaria, que es Dios como Origen, y que, de esa suerte, es más alto que cualquier principio, pues es principio no porque principie un ser principiado, sino, justamente, Origen del que depende, por lo pronto, un ser que estriba en principiación primaria, el persistir, y, desde luego, sin que Él como Origen dependa del persistir.

(Por su parte, “realidades” principiadas o, al cabo, “desprincipiadas” son, más bien, los artefactos o productos técnicos en la medida en que las concausalidades que en ellos intervienen son por la mente humana organizadas no siempre en atención a su entera virtualidad física o natural, sino, a veces, incluso suspendiéndola o, aun, contrariándola, como la madera de una mesa, por ejemplo, que desde luego no es ya tronco de vida arbórea.)

\* \* \*

Así pues, *in creatis* la criatura es actuosidad primera o acto de ser cuya esencia conlleva dinamismo o potencialidad de acuerdo con distinción real de esa actuosidad, equivalente, ésta, a simple depender de Dios, que, por su parte, es según Identidad de Acto de ser y Esencia, o sin distinción real, pero sin que tal dependencia que es la criatura exija en el Ser divino una “Actividad” *ad extra* y, menos, ajena a dicha Identidad.

En esa medida la “Actividad” de Dios es Dios, incluso si a Él accede la persona humana al inteligir la criatura extramental o, con mayor motivo, la que ella es: espiritual en tanto que comporta intimidad libre, intelectual y amante. A la par, ya que Dios es inalcanzablemente superior a la actividad intrínsecamente dual que es cada persona creada, la Actuosidad divina, aun sin carecer de Libertad íntima de intelección y amor, es originaria según Identidad, sin menoscabo de su Simplicidad esencial, y como puramente “inmanente”, sin dinamismo internamente discernible, sin tiempo, o sin, por así decir, “dis-tensión”, pues eternamente “contiene” su Plenitud, sin cabida para ningún agotamiento, mengua o fatiga.

Por tanto, la Simplicidad de Dios, o que Él es como Ser en originaria Identidad con su Esencia, y sin que el Inteligir y el Amar, ni la Libertad y la Intimidad, siendo la “Realidad” divina, se distingan realmente, bajo tal condición resulta inaccesible para el ser humano, que en modo alguno puede “entrar” en la Intimidad de esa Actuosidad idéntica en tanto que originaria o sin cabida para ninguna actividad distinta de su Ser y, menos, exterior a Él.

---

A su vez, en lo concerniente a la persona creada, los trascendentales personales, antes que “axiomas reales”, distintos entre sí, pues se convierten con el acto de ser según el carácter de *además*, más alto que el persistir, son ordenadas, si cabe de este modo decirlo, “redundancias” de la condición redoblantemente dual del acto de ser como *además*, por lo pronto, la libertad trascendental como intrínseca actuosidad del ser personal de acuerdo con la ratificación de la dualidad de libertad nativa como método y la destinal como tema, y que sería axioma en virtud del que la persona humana se sabría dependiente de Dios personal y libremente, de modo que, a la par, libre para orientarse en búsqueda de Él como Origen según Intimidad personal, justo al corroborar la condición nativa que le compete como libertad trascendental, más aún ratificada como método puro.

Con todo, el ser humano no es por entero axiomático, pues existiendo como acto de ser creado por Dios, de entrada comporta esencia potencial o dinámica según irrestrictamente enriquecible distinción real de acuerdo con un descendente proceder de los distintos trascendentales cuya conversión se “disvierte” al bajar, pero, a la par, en tanto que comienza a existir sólo en tanto que en esa esencia asume, a través de la generación orgánica a partir de padres humanos, un individuo natural orgánico, que por cierto es contingente.

Así que en Dios es inadmisible una actividad, tanto intrínseca cuanto, más aún, extrínseca, que se distinguiera de la de Ser Él; o, para de alguna manera indicarlo, tan sólo la criatura es distinta de Dios y, en cierto modo, *ad extra*, sin que, con todo, sea como “por fuera” de la Máxima amplitud divina. Pues incluso siendo la criatura actividad por entero dependiente de Dios, es, no menos, por entero de Él distinta, ya que intrínsecamente carece de la plena Simplicidad divina, así como, la criatura espiritual, de la plena y originaria Identidad en la Intimidad colmada de Inteligir y Amar según incondicionada Libertad.

De suerte que la criatura procede, antes que *ex Deo*, internamente ella, la criatura; mas como exclusiva dependencia respecto de Dios, y de acuerdo con una actuosidad que se distingue de Dios en tanto que conlleva un intrínseco distinguirse real, potencial o dinámico, de nivel esencial, que, a su vez, procede bajo cierta distensión en cuanto que su “tenerse” o “contenerse” sobreviene con carácter temporal.

Al cabo, el espíritu creado puede inteligir a Dios sólo en la medida en que inteligie las criaturas como actos de ser cuya actuosidad equivale a depender del Origen idéntico, sin que, para que esas criaturas sean, haya Dios de en ellas actuar, ni, en modo alguno, a través de una Actividad divina que hubiera de distinguirse del Ser que Dios es.

Porque la actividad creada, también espiritual, por entero y con exclusividad dependiendo de Dios, se distingue realmente de Él, sin que, como actividad creada, exija una “previa” actividad divina ni de intelección ni de amor, desde luego no distinta del Ser que Dios es, ni tampoco del ser que es la criatura; más bien, eternamente, el Inteligir y Amar divinos, por así decir, “van” en Dios, y sin “salir” a la criatura, aunque “favoreciendo” que sea ella justo de acuerdo con un puro depender de Él y, más aún, con carácter de don divino, y de manera que, al ser, o existir, la criatura “expresa” ese Inteligir y Amar divinos, pero careciendo de identidad o simplicidad así como de plenitud.

## V

En definitiva, mediante las distintas dimensiones del método filosófico de abandono del límite mental se inteligie a Dios en cuanto que se accede, como tema congruente, a las criaturas, las que, en vista de la distinta distinción real de acto de ser y esencia potencial, existen, o son, equivaliendo a una distinta dependencia, inmediata y exclusiva, respecto del Ser divino en tanto que Origen idéntico; dependencia en la que, por consiguiente, estriba el ser creado,

que de ese modo sobreviene sin que haya de mediar una actuación o, menos, una acción, distinta del Ser que Dios es.

Y al acceder a la criatura como pura dependencia de Dios, tanto la extramental o acto de ser carente, por así decir, de “guarda” íntima de la actuosidad, cuanto a la criatura personal o acto de ser actuoso según intimidad, Él es entendido como Identidad originaria, pues, asimismo con respecto a las personas creadas es Origen idéntico del que ellas por entero dependen; pero a Él se accede entendiendo, al alcanzar el ser personal creado, que como Identidad originaria el Ser divino en modo alguno carece de personal Intimidad, con lo que, a su vez, de Dios depende la criatura personal en lugar de por el ligamen con Él que, en el ser extramental, es el primer principio de causalidad trascendental, más bien, siendo un don divino que, según condición filial, equivale a la persona creada, y que, por su parte, invita a un libre destinarse ella a corroborar dicha condición.

Porque, en efecto, de acuerdo con el método de abandono del límite mental se accede a los temas primarios de la filosofía de manera tal que se distinguen los trascendentales del ser que de entrada conciernen al acto de ser extramental, o trascendentales metafísicos, y los que con exclusividad al personal.

Y en esa medida se entiende que, junto con el ser, tanto la verdad y la bondad de las criaturas cualesquiera, también las personales, cuanto la libertad en intimidad, según el entender y el amar, de la persona creada, dependen de Dios como Ser personal en Quien compete originaria Unidad o Identidad a los trascendentales del ser, esto es, de manera inalcanzable para una criatura, incluso si personal, pues en ella dichos trascendentales se convierten sin identidad, aparte de que si el ser extramental existiera sin el personal creado, sus trascendentales se reducirían al de su vigencia como primer principio de no contradicción, ligada, según la causalidad trascendental, con la Identidad originaria.

De esa suerte la distinción de actos de ser creados se corresponde con la distinción de los trascendentales que con ellos se convierten. Los trascendentales que se alcanzan en conversión con el ser personal humano son compatibles con los trascendentales tan sólo metafísicos, o correspondientes en alguna medida al ser extramental, a los que en lugar de contraer o reducir, más bien complementan y amplían; de acuerdo con el carácter de *además* o intrínseco *co-existir*; la libertad y la intimidad son “ampliación del ser”, así como el entender respecto de la verdad y del bien, que de acuerdo, por su parte, con el amar son instaurados en don.

Paralelamente, sin el entender personal serían inviables la verdad, el bien y la belleza, así como sin la libertad trascendental, el ser como principio quedaría re-

cluido bajo la necesidad, y sin el amar la actividad carecería de condición donal.

A su vez, la unidad, que según la advertencia del ser extramental valdría tan sólo para la Identidad originaria, sin la intimidad se reduciría a la soledad, al monismo, pues sólo en vista de los trascendentales personales se entiende, aunque apenas vislumbrándolo, y sin desvelarlo, que, de acuerdo con su condición personal suprema, sin mengua de Simplicidad, el Origen idéntico ha de encontrar réplica “dentro”, o en Intimidad, esto es, sin “salir” de su Ser.

Con todo, ni siquiera distinguiendo los trascendentales del ser personal de los que competen asimismo al ser extramental, cabe acceder, como “ingresando” en Ella, a la Intimidad, intelectual y amorosa, que, sin mengua de Identidad, Dios como Ser personal ha de comportar.

Por otra parte, la distinción de los trascendentales del ser personal respecto de los que asimismo conciernen al ser extramental, asequible de acuerdo con las distintas dimensiones del método de abandono del límite mental, comporta una heurística continuación de la comprensión tomista acerca del distinguirse real entre la criatura y el Creador; distinguirse que en el ser creado comporta no sólo distinción real de esencia potencial y acto de ser, sino también, debido al distinto distinguirse real de la criaturas distintas respecto del Creador, una distinta distinción real de esencia potencial y acto de ser en las criaturas distintas. Luego por de distinta manera distinguirse del Creador las distintas criaturas, éstas son distintos actos de ser, de los que, consiguientemente, de distinta manera se distinguen las distintas esencias potenciales.

Con lo que para distinguir la criatura del Creador no basta la distinción real de la criatura con respecto a la nada, esto es, el carácter de *extra nihilum*, pues, por así decir, distinguirse de la nada, nada distinto distingue; para distinguirse de la nada las criaturas han de distinguirse de Dios en cuanto a su exclusivo depender de Él, y de modo distinto las distintas criaturas; a su vez, distinguirse de Dios equivale a de distintas maneras *carecer de Identidad*, esto es, a distintas distinciones reales de esencia y acto de ser.

Al cabo, en vista de las indicadas distinciones concernientes a la amplitud trascendental, según las dimensiones antropológicas del método de abandono del límite, con respecto a Dios se entiende, desde luego, que como Origen ha de ser libremente actuoso en intimidad según entender y amar, de modo que su generosidad paterna redunde no sólo en la creación, sino también, de antemano, sin reducirse a las criaturas, en la libre Actuosidad íntima que Dios es, y sin menoscabo de la Identidad cabe esa Intimidad; redundar íntimo del



Vivir personal divino que, con todo, puede ser discernido no más que bajo la fe en la Revelación divina.

\* \* \*

En definitiva, Dios es inteligido, por lo pronto, como Origen idéntico en la medida en que, sin la Identidad originaria, el persistir carecería de vigencia, con lo que según el hábito de los primeros principios se advierte que el ser extramental es pura dependencia respecto de Dios, pero, a la par, de alguna manera advirtiéndolo a Dios con carácter paterno, sin lo que, por lo demás, resultaría incompatible con la Revelación cristiana.

Mas ya que asimismo se alcanza que a la criatura personal de ningún modo le compete existir sola, pues, de entrada, aún más que la extramental, es tan sólo dependencia respecto de Dios (y si la rehúye, sin aniquilarse, viene a ser en vano), de acuerdo con el hábito de sabiduría, con mayor motivo si según el inteligir y el amar personales es trocado en búsqueda de réplica en intimidad, Dios es inteligido como Padre antes que con respecto a criaturas, más bien a personas que nativamente son hijos en la medida en que son creados con carácter de don que les compete aceptar (o bien rehusar).

De esa suerte la *donatio essendi* a la que alude santo Tomás concierne al ser extramental sólo si, con carácter de don, es, siquiera en cuanto a su esencia, por Dios *encomendado* a la persona humana, a manera de “tarea”, como lo es de entrada el irrestrictamente ampliable enriquecimiento de nivel esencial, pues el ser personal creado, como acto de ser, es don divino de acuerdo con cuyo libre destinarse puede ese acto de ser orientarse en búsqueda de aceptación divina justo al, no menos en calidad de don, instaurar, entero, ese enriquecerse que dinámicamente es su esencia potencial.

Así pues, al conocer a Dios de acuerdo con las cuatro dimensiones del método filosófico de abandono del límite mental se conoce el Ser de Dios y su Esencia en Identidad originaria –personal, paterna– pero sin conocer la incomparable Riqueza de su Intimidad; se averigua que Dios es, como Ser y como Esencia, Origen según Identidad simplicísima, Fin insuperable por cualquier orden, y originariamente Persona, o Padre, cuya Intimidad es de Máxima, inalcanzable e inabarcable riqueza o amplitud: Vida plena, Luz de Claridad, o Gloria, con respecto a la que cualquier otra resulta oscuridad.

Porque según las dos vías antropológicas del abandono del límite se entiende que el Origen idéntico que Dios es, actuosamente se abre en Intimidad,

pero de manera, no ya “abismal”, como compete a la intimidad personal de la criatura humana, sino de acuerdo con la Plenitud del Vivir intelectual y amoroso (Plenitud con respecto a la que la apertura hacia dentro de la persona creada puede trocarse en búsqueda, o bien desatender bajo la pretensión de identidad); y Plenitud que, sin distinción real, pero sin soledad, es un Misterio inabarcable de Vida personal que sin la Revelación divina ninguna mente creada puede siquiera vislumbrar.